



Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía

DISCURSO DE INGRESO
DEL
ILMO. SR. D.
JOSÉ LUIS SÁNCHEZ DOMÍNGUEZ

SEVILLA, 25 DE MAYO DE 2009

EMPRESA Y EMPRESARIO, SIGLO XXI

José Luis Sánchez Domínguez

***Discurso de Ingreso en la
Academia de Ciencias Sociales y del
Medio Ambiente de Andalucía***

Excelentísimo señor Presidente de la Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente; señores miembros de la Academia; ilustrísimas y excelentísimas autoridades; querida familia, queridos amigos, estimados compañeros, señoras y señores.

Embargado aún por la emoción de este acto, feliz por el honor que se me hace y que humildemente no creo merecer, conmovido por el afecto que recibo hoy y que percibo de todos ustedes, y recordando a todos aquellos que de una forma u otra me ayudaron a que este momento sea una realidad, en especial a quienes hoy no pueden estar a mi lado disfrutando y celebrando tan enorme reconocimiento, aquí, hoy, ante ustedes, me presento con los únicos atributos de haber buscado siempre lo mejor para los míos, para mi tierra y para mis conciudadanos.

Ahora, en este momento tan importante de mi vida, en la toma de posesión de una distinción que ni siquiera soñé, he de comenzar mis palabras dándole las gracias a todos ustedes, en especial a los miembros de la Academia en la que hoy ingreso y a la que perteneceré hasta que Dios lo quiera con orgullo y con afán de servicio. Pero también quiero agradecerles a mi mujer y a mis hijos lo mucho que ellos hicieron por mí, y que nunca lo podré pagar, más que con el mismo amor, cariño y afecto que ellos me han ofrecido siempre e incondicionalmente.

Gracias, señoras y señores. Permítanme que también tenga unas palabras de emocionado recuerdo para mis padres y para esos amigos que uno disfrutó en vida y que ahora, sin duda alguna, estarán viendo este acto desde una primerísima fila en la tribuna celestial.

Empresa y empresario, siglo XXI. Ese es el título que he elegido para mi discurso de ingreso en esta prestigiosa academia. Espero que ustedes me perdonen si mis palabras son torpes o si mi corazón no acierta al reflejar lo que deseo. Eso sí, no tengan la menor duda de que mi agradecimiento será eterno, y que mi orgullo por ser protagonista de este momento en este lugar no tiene límites.

En el todavía nuevo siglo XXI, cuando se consolidan la sociedad de la información y la era de las finanzas, cuando irrumpe en la historia una nueva realidad europea, la empresa triunfadora será una empresa pro-activa, consciente de que la economía y la sociedad reclaman un liderazgo empresarial responsable y capaz de fomentar un crecimiento sostenible del bienestar social.

Ante las nuevas responsabilidades de la empresa en la moderna economía de mercado, el empresario, además de la capacidad creativa y de innovación, así como la habilidad para integrar los diversos elementos que componen la empresa, debe adquirir nuevas dimensiones culturales y espirituales y nuevas responsabilidades sociales. Esta reflexión de Emilio Fontela Montes me sirve para el inicio de mi discurso de entrada en vuestra docta academia, a la que desde hoy me honro en pertenecer, lo que considero un grandísimo honor para mi humilde persona.

Porque soy, ante todo y por encima de todo, un empresario enamorado de su profesión y de su actividad, un niño que se hizo hombre diciéndole a su madre que su ilusión era coordinar y liderar el trabajo de las obras, cuando veía, al ir y venir del colegio, las cuadrillas de albañiles y obreros en sus labores de construcción. Un hombre que mantiene su ilusión y su alma emprendedora por sus objetivos de mantener una empresa que da trabajo a miles de personas, que crea riqueza en la sociedad en la que se encuentra, que da prestigio y que, por encima de todas las cosas, busca el bienestar social.

Alguien dijo una vez que "un empresario como un capitán de navío debe mantener la calma aún en los peores momentos para tomar la decisión mas

acertada y guiar la empresa a buen puerto". Nunca más acertada tal aseveración, sobre todo si tenemos en cuenta que hablamos hoy aquí, en este maravilloso salón, a pocos metros del mar, de nuestro Mediterráneo de cielo azul y horizonte infinito, alma de poetas y de artistas, seña de nuestra ciudad y de nuestra región, vida de Málaga y de Andalucía.

Hoy vivimos en España y en el mundo una situación económica difícil. Empresarios y trabajadores estamos sufriendo como hacía mucho tiempo no lo sentíamos, unos avatares que nos mantienen, cuanto menos, en un momento de gran incertidumbre e incluso de pesadumbre. Es en estos momentos, sin embargo, cuando más que nunca se comprueba de forma contundente que sólo desde la actividad emprendedora y regeneradora de la riqueza, desde las empresas podremos salir de la crisis financiera que nos azota con más virulencia que nunca desde hace 50 años.

El otrora vilipendiado empresario, la antaño mal vista empresa, un término que muchas veces se utilizaba, y nunca comprendí muy bien por qué de forma peyorativa y negativamente, se convierten hoy en el faro que puede alumbrar a la sociedad sumergida en un momento de grave incertidumbre para dirigirla a buen puerto. El papel de liderazgo social de las empresas es incontestable hoy por hoy, aunque mi único pesar respecto a lo que digo es que es una verdadera pena que hayamos tenido que llegar a una depresión económica como la de hoy para que todos nos demos cuenta de la importancia que en el tablero de la vida de hoy tiene la figura del empresario.

La economía real surge de las empresas. Aquí no hay trampas ni cartón, ni papeles mojados ni falsas transacciones. Esa fortaleza de una realidad indiscutible es lo que nos está llevando hoy por hoy a un grado de conocimiento y de confianza en la sociedad como nunca antes se había dado. Es por ello, también, y justo decirlo, que nunca antes las empresas y los empresarios de este país habían recibido tantos medios y tantos apoyos de las distintas administraciones, tanto de la central como de las autónomas y de las municipales y provinciales.

Aquí, ahora, no hablamos de teorías fáciles de contar pero sumamente difíciles de demostrar. El empresario y la empresa, en este momento en el que nos aproximamos a cumplir el primer decenio de la centuria número veintiuna de nuestra época aparece como el máximo exponente en la necesidad de una creación de riqueza que es el verdadero sostén de la sociedad del bienestar que todos anhelamos. No hay sociedad del bienestar sin riqueza, no hay riqueza sin trabajo y sin ideas para desarrollar, no hay trabajo ni ideas sin las empresas y los empresarios.

El empresario no es un idealista, pero tampoco es un bluf. El empresario invierte sus beneficios en mejorar su empresa, en crear otras nuevas, en ampliar sus horizontes, y eso conlleva más puestos de trabajo, más riqueza, más actuaciones en todos los ámbitos sociales y, además, una mayor producción y por tanto un mayor beneficio social.

Con los avances experimentados por el liberalismo económico y la globalización durante los últimos años, la empresa parece ganar peso frente a gobiernos y otras instituciones mientras se consolida su consideración como principal motor de creación de riqueza, progreso y desarrollo. La empresa inició pues este siglo XXI con un mayor poder del que ha ejercido nunca anteriormente.

En este contexto se entiende desde su creciente número de factores sociales que este mayor poder conlleva también mayores cuotas de responsabilidad. Por ello, paralelamente al crecimiento de su fuerza, se demanda a la empresa de hoy una mayor implicación social en su condición de "ciudadana". En estos momentos, como ya han dicho importantes líderes empresariales de fama internacional, no basta con que la empresa cree valor sólo para sus accionistas, deberá hacerlo también para el conjunto de la sociedad en la que actúa, con iniciativas que vayan más allá del que hasta el momento ha sido su estricto ámbito de actuación. Es la llamada responsabilidad social corporativa.

Dos posiciones básicas se recogen frente a esta demanda. La primera creer que los problemas sociales del mundo pertenecen únicamente al ámbito de

responsabilidad de los gobiernos y que, tal como afirma François Perigot, presidente de la Organización Internacional de Empresarios, “no se debe demandar a las empresas más obligaciones y responsabilidades de las que asumen los propios gobiernos”. La segunda considera que las empresas van más deprisa que los gobiernos a la hora de modelar el mundo en el que vivimos y que, por lo tanto, en palabras de George Kell, director ejecutivo de Global Compact, “las empresas deben ser parte activa de la solución de los problemas que aquejan al planeta”. Lo que antes decíamos: nuestro papel y nuestra responsabilidad han subido de forma impensable hace tres décadas, cuando aún algunos nos miraban como bichos raros o meros especuladores. Hemos avanzado mucho, y de ello tenemos que congratularnos, pero también nos obligará a exigirnos cada vez más. No importa. En el riesgo también está el conseguir metas anteriormente nunca soñadas tan siquiera.

Llegados a este punto de mi intervención, que me gustaría sin duda que fuese más acertada y del agrado de todos ustedes, solicitando su benevolencia ante los nervios que atenazan mi garganta y aceleran mi corazón, quiero desarrollar tres aspectos básicos de mi discurso: la actividad empresarial es una carrera sin título, una profesión sin más y, ante todo, una vocación.

La de empresario, una carrera sin título

Sin título y sin fin, diría yo. Porque el empresario se tiene que examinar todos los días, es el único que nunca termina su carrera, porque no tiene fin; es una carrera siempre inacabada porque el examen es, como decía, diario, y porque el tribunal que examina es sumamente exigente; tus propios trabajadores y la sociedad en la que desarrollas tu actividad. En la medida que ellos, trabajadores y sociedad, confíen en ti, la empresa irá mejor o peor. La confianza, el esfuerzo, el liderazgo y el carisma tienen que ser elementos que siempre aniden en el interior del empresario, cualidades que deberá mantener siempre, haga frío o calor, llueva o salga el sol, sea verano o invierno, día laborable o fiesta. No hay descanso posible, porque la actividad empresarial, como ya he defendido, no cesa, y porque

todos los días hay que mantener una actuación entre comillas ante el público que no permite desmayos ni pausas, que no perdona ni siquiera un pequeño descuido.

Pero ojo, lo que acabo de afirmar no significa que uno tenga que ser el más guapo y el más fuerte, pero sí el más constante, “un tanto arriesgado”, el más trabajador, el que primero llega al lugar del trabajo y el último que siempre se irá... El empresario es líder en tanto en cuanto es el que va al frente del pelotón, y que nadie lo entienda como presuntuoso, ni tan siquiera que busque minutos de gloria en la televisión como esos ciclistas que encabezan los grupos, porque ha de ser siempre el primero, dar la cara y señalar el camino a seguir.

Una profesión sin más

La de empresario es una profesión. Sin más y sui géneris si me apuran, pero no es otra cosa. Es el medio de vida de la persona que la ha elegido, simplemente lo que le diferencia de los demás es que ha elegido su carrera, su profesión, no con un sentido individual sino colectivo. No piensa en sí mismo, sino en su empresa, o sea, en los demás. Y empresario es el que busca su sustento en su actividad y que lidera el que llegue también el sustento a otras muchas personas, surge desde la iniciativa personal, desde una actitud emprendedora que no se rige por título alguno como he dicho antes, cuya experiencia se adquiere en el batallar diario en la calle, a base muchas veces de tropezar una y otra vez, incluso de caer al suelo, del que uno siempre se ha de levantar. Pero cualquiera que llega a este mundo no triunfa. Y tampoco sirve todo el mundo para ello. Para ser empresario has de estar convencido y enamorado de lo que haces. Es la profesión menos individual de cuantas existen en el mundo, y eso es algo que también debe de ser considerado en su justa medida. Mantengo mi convencimiento, ya expresado alguna que otra vez en foros mucho menos distinguidos que éste, de que el empresario es un trabajador que junto a su nómina ha de conseguir que haya nóminas para muchas personas más y para los empleados de su empresa. Retomando el concepto de responsabilidad social al que antes aludía, es que el emprendedor social representa un nuevo tipo de empresario que integra en su actuación el beneficio social y el económico, entendiendo la actividad empresarial como la mejor herramienta de

desarrollo y una respuesta eficiente a las necesidades del mundo de hoy. El empresario busca su sustento y el de su familia, pero también el de sus trabajadores y empleados, de los componentes de su empresa, que son personas, hombres y mujeres, agentes de la sociedad en la que se desarrolla una actividad determinada. Pero además, el empresario ha de buscar el sustento de la estructura propiamente dicha de su empresa, que es la que mantiene todo el engranaje. El empresario es también un empleado de sí mismo.

Pero también hay que tener en cuenta que como afirma Miguel Martí, vicepresidente de comunicación del Grupo Nueva de Costa Rica, “no puede existir una empresa exitosa en una sociedad fracasada”. Con esta premisa la empresa del siglo XXI entiende la responsabilidad social como imprescindible para su supervivencia a largo plazo, ya que ve sometida su actuación al escrutinio no sólo de sus accionistas sino también de otros elementos, tales como los empleados, gobiernos locales, regionales o nacionales, los medios de comunicación, ONG... y, sobre todo, los propios ciudadanos del hábitat en el que actúa su empresa.

Y en 3er. lugar, es ante todo, una vocación

Pero ante todo, al menos así lo entiendo, ser empresario requiere una profunda convicción de lo que se quiere ser y una enorme vocación. Es una vocación porque te introduces en un mundo nuevo, en un mundo que muchas veces desconoces, y que sólo tu propio riesgo y tu arriesgo te permiten entrar. Es algo que te gusta, que te llama, y como tal, desarrollas tu vida en torno a esa vocación, como a cada uno le ocurre con lo suyo. Ya dije antes que recuerdo cuando iba de la mano de mi madre al colegio, cuando no levantaba un palmo del suelo, me quedaba mirando a los trabajadores de una obra y siempre le decía que de mayor yo quería ser como el capataz, que quería dirigir los trabajos de la obra. En cierta manera, sin saber ni cómo ni por qué ya que en mi familia no existía antecedente ninguno, en mi interior ya almacenaba el objetivo de mi futuro profesional.

La vocación es fundamental para cualquier actividad en el ser humano. Es cierto que para ser tal o cual cosa no necesitas vocación, pero entonces te encontrarás

frustrado, sin ilusión por tu trabajo. No entiendo a nadie haciendo lo que no le gusta, aunque es cierto que muchas veces es la vida quien manda en uno y no al contrario. Sabedor de la suerte que tengo de que hago lo que me gusta y para lo único que creo que sirvo, puedo decir más alto pero no más claro que para ser empresario hay que tener vocación de servicio a los demás y a la sociedad en la que vives, porque no entiendo ninguna otra variante en tal afirmación. Niego la mayor en el sentido de que nadie sin la vocación adecuada pueda ser un empresario tal y como yo entiendo la figura del emprendedor.

Entro en la parte final de este discurso de ingreso a vuestra academia. Y no puedo dejar de hacer una referencia, aunque sea mínima, acerca de la situación actual. Estamos en un momento económico difícil, muy difícil, con una crisis financiera que ha derivado en una especie de socavón económico internacional. En la aldea global en la que vivimos, cualquier situación afecta a todos, y eso es lo que ha ocurrido. Pero tampoco es menos cierto que nos ha llegado esta crisis tras una época de actividad económica e industrial posiblemente irrepetibles. En cierta manera me atrevo a decir que la misma sociedad del bienestar, la misma sociedad que ha disfrutado de la abundancia, ha sido causante de lo que ahora sufrimos. En resumen, hemos estado a punto de morir de éxito.

El momento es difícil, no voy a descubrirlo yo ahora, entre otras cosas porque el sistema financiero es para la sociedad que hemos construido como la gasolina para los coches, si me permiten el símil. Pero es que además existe un problema añadido, el del paro, que es algo que extrapola los términos económicos porque sin duda genera un grave problema familiar y por tanto humano. No podemos ser impasible ante lo que ocurre a nuestro alrededor, y hoy nuestra figura adquiere unos matices mucho más responsables y comprometidos porque es en estos momentos de grave crisis cuando afloran de verdad los empresarios con mayúsculas, como elemento no sólo generador de una riqueza necesaria para el desarrollo de una provincia, una región o de un país, sino como galvanizador del entramado social. Aquí, en Andalucía, en general y en Málaga en particular, la situación de paro adquiere unas cifras verdaderamente alarmantes, sin duda por la dependencia de nuestro entramado económico de la construcción y del sector

servicios, dos de los parámetros fundamentales de nuestro producto interior bruto, ya que, además, la construcción es el motor que lo mueve todo en España y que si se para, se para todo. En esta situación he de reconocer públicamente el esfuerzo de las distintas administraciones españolas para ayudar a pasar este momento tan difícil y tan complicado, que las empresas estamos soportando precisamente por haber sabido reinvertir en los momentos positivos que vivimos hace unos años, y por el esfuerzo y el compromiso a los que antes me referí. Estamos pasando por el momento más delicado económicamente hablando de los últimos 70 años, y lo hacemos, además, sin una respuesta clara a lo que nos va a deparar el futuro. Estamos en un presente económico difícil, muy difícil, incluso calificado como terrible no por mí, sino por el mismo presidente de los Estados Unidos de América.

¿Soluciones? Hay algo que es claro: si el sistema financiero no encuentra una salida, nosotros tampoco la encontraremos. No podemos aspirar a volver a los tiempos recientemente pasados, porque aquellos momentos de “grandeza económica” es casi imposible que se repitan, entre otras cosas porque vivimos en una especie de burbuja de felicidad tan excesiva como falsa en algunos momentos y sectores, pero tampoco hay que calificar de noticia negativa que no volvamos a esa situación irreal porque al final ocurre lo que ahora mismo padecemos en nuestras carnes, y quien no ha especulado, quien no se ha cobijado en la falsa casa sin pilares que sustentaran los tejados, sufre más que nadie los avatares de una economía en la que muchos jugaron sin saber que con las cosas del comer eso no se puede hacer, algo que en Málaga nos enseñan desde pequeños...

Durante unos años hemos vivido en una especie de mentira y al encontrarnos de pronto con una verdad tan real como la vida misma nos hemos asustado. Hemos pasado de dar una hipoteca de un millón de euros a pagar en cincuenta años a no dar siquiera un préstamo de mil euros. Hemos pasado del “quédese usted conmigo, que le doy el dinero que necesite” al “vuelva usted mañana, pasado o el otro, que no le pienso dar nada”.

¿Claves para una salida al momento de crisis actual?

Si no las tienen ni los grandes políticos que gobiernan el mundo o los grandes gurús de la economía, ¿las voy a tener yo?

Aún así, sabedor del grave riesgo que mi atrevimiento conlleva, y sólo basado en la experiencia que dan los años, me atrevo a decir que la salida de este difícil momento nos llegará, primero y ante todo, por la normalización de las vías financieras, que son los vasos sanguíneos del cuerpo empresarial.

Segundo. La necesidad más que nunca de un esfuerzo colectivo por parte de todos los agentes sociales, con una especial colaboración entre sindicatos y empresarios. Siempre hay que saber aprovecharse de las situaciones que uno vive, aunque sean malas.

Tercero, y muy importante, la vuelta a unos valores éticos y morales que se han perdido ante la ceguera que produce el resplandor del poder y del dinero.

Cuarto, una mayor profesionalización y una mayor preparación que nos llegará de una amplia reforma educativa que debe actuar para un futuro inmediato mucho mejor.

Y quinto, en un mantenimiento de los sistemas de apoyo al empresario español, que es en estos momentos cuando volverá a demostrar su talla y su categoría profesional.

Si la empresa juega un papel de primera importancia en la sociedad, hoy, en un momento de crisis, ese rol adquiere aún mayor y más destacado protagonismo.

Hay que tener fe y confianza en el empresario y en la empresa española. El mundo no se acaba aquí, y de otras mucho peores hemos salido, a niveles personales y colectivos. Hay que estar preparados, con la maquinaria a punto y engrasada, para en el momento en el que se vea un solo resquicio, salir funcionando con más ahínco y decisión que nunca. La empresa es una fuente inagotable de vida.

Hay que inculcar igualmente en la sociedad una serie de ideas que pueden favorecer la salida consensuada entre todos a estos momentos. No podemos permitirnos que si un 59 por ciento de los europeos jamás pensaron ni por asomo montar una empresa, en España esos datos, según el último Eurobarómetro, sea de 11 puntos por encima, o sea que a un 70 por ciento de nuestros compatriotas nunca se les pasó por la imaginación crear una estructura empresarial ni grande ni pequeña. La cultura emprendedora española no puede seguir estando en los puestos de cola de la Unión Europea. El “que inventen ellos” que dijo Unamuno no puede acuñarse ahora como “que emprendan ellos”, que es lo que parece que decimos los españoles.

Entre todos, con fe y esperanza, con trabajo y dedicación, con ilusión y con limpieza de alma y espíritu, basándonos en nuestras propias fuerzas, sin desestimar la ayuda de nadie, sin despreciar nada, sin creernos el ombligo del mundo, así, unidos para hacer la fuerza común, todos juntos saldremos de este momento difícil, y una vez más, a los empresarios de verdad, a los empresarios con mayúscula, a los emprendedores de alma inquieta y ganas de trabajar, a los empresarios españoles les tocará liderar el pelotón para llegar todos juntos a una feliz y dichosa meta. Entre todos seguiremos avanzando hacia una vida mejor, hacia un futuro más próspero para que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos sean cada vez más felices y dichosos y además miren con admiración y orgullo el trabajo y el esfuerzo de sus antepasados.

Eso es lo que nos debe merecer ante todo la pena.

Señor presidente. Señores académicos. Señoras y señores: muchas gracias a todos y que Dios les bendiga. Buenas tardes.